

DISCURSOS

UNA UTOPIA SOFOCADA: REDUCCIONES JESUITICAS EN LA ORINOQUIA*

Por JOSÉ DEL REY FAJARDO, S.J.**

INTRODUCCION

1. Deseo que mi palabra en esta Academia Nacional de la Historia sea de gratitud pues el agradecimiento hace que el ritmo del tiempo comience a moverse de nuevo.

Honor y gratitud poseen almas distintas porque, como conceptúa Gracián, el primero debe ser sombra de la virtud y la segunda debe brotar del corazón, que es fachada del alma. Así pues, cuando virtud y letras recuperan la fuerza de su vigor producen una epifanía y resucitan su alma como milagro de lo naciente.

Pero, el honor y la gratitud engendran un compromiso, el cual nos aleja de la trivialidad y nos alerta sobre las garantías de la palabra empeñada a fin poder regresar incólumes a la profundidad de su significado. Lo contrario proclamaría ser sujeto por adhesión a un microdiscurso provisional y fragmentario, actitud que nos condenaría a ser sujetos siempre provisionales y fragmentados. Más allá de la temporalidad y las apariencias está la mismidad de la persona.

2. Sucedo hoy en el Sillón "S" al académico Tomás Pérez Tenreiro, espíritu vertical, que supo encarnar, con el mismo fervor, el ejemplo del señorío y el lenguaje de la autenticidad tanto en la vida militar como en la diplomática, en los momentos de gloria como en los de derrección, en la palabra y en el silencio.

Como humanista Pérez Tenreiro entendió que más allá de la gloria está el hombre, enfermo de muerte, que no puede morir para siempre. El hombre es una síntesis de finitud e infinitud que se va haciendo en relación con lo divino y con la vida concreta.

Y por ello es difícil interpretar la filosofía de una historia que sólo es vivida en la intimidad del espíritu. En el abismo entre el ser y el deber ser que fórmula la maestra de la vida, el investigador debe internarse en el mundo del sinsentido y al seguir sus huellas llega a la encrucijada más transitada en donde descubre la opción por el desencanto de la psicología del sacrificio y la pérdida de la voluntad de seguir adelante. Es lo que los escritores medievales recensaron como el ciclo de la acedia y los modernos la prueba del desencanto.

* Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia.
** Rector de la Universidad Católica del Táchira

Se dan pocos hombres que vivan bajo las categorías del espíritu, pues, en el fondo no hay una auténtica transformación personal que permita la incorporación de la conciencia de lo eterno en el yo. De esta suerte se corre el peligro de que surjan generaciones para quienes no hay cosas, no hay personas, no hay fronteras, no hay saberes, no hay creencias, no hay razones para vivir o morir. Percen los grandes misterios lo mismo que mueren las lenguas y las gramáticas.

La historiografía venezolana se ha enriquecido con la selecta obra del coronel Pérez Tenreiro, pues, su historia militar penetra con aguda sutileza en la estructura del conflicto que significó nuestra guerra de independencia ya que la zurce con héroes y antihéroes, vencedores y vencidos, y el drama de tanto ser anónimo que nunca regresa de ese viaje. La fantasía romántica de la "Venezuela Heroica" de Eduardo Blanco la reinterpreta nuestro académico con la precisión de las especulaciones logísticas del arte militar y a la luz de las meditaciones políticas.

Mas, en su cualificada y fina bibliografía coexisten dos planos que llegan a ser aparentemente contradictorios: la historia y la metahistoria.

Si la increencia deja al ser humano desvalido ante la manipulación, la revolución acaba devorando a sus hijos y cediendo el paso a sociedades que tienen el alma cautiva. Y así se llega a un mundo desalmado. En su etapa de viajero pudo verificar que el hombre occidental, aunque se experimentaba como libre, vivía alienado por múltiples cautividades, y sometido de muy diversas formas, en sus opiniones, pensamientos, opciones morales y de consumo, bajo un gran sentimiento de libertad.

Pero cuando Pérez Tenreiro se remonta a la metahistoria asume una de las características del intelectual hispanoamericano que es la participación activa en la construcción del continente. Y ese proceso creador ha sido vital para la comprensión del otro, "circunstancia que empuja a ensayar caminos para definir una identidad cuestionadora y conflictiva, siempre en relación con ese otro que es también parte de uno mismo".¹

No podemos autorrealizarnos sin los otros, pero esos otros no pueden reconocernos si nos tratan como objetos. En consecuencia, anhela superar este conflicto histórico con una nueva paz que evite la destrucción de la vida y del corazón humano. Se enrumba a la búsqueda un hombre nuevo, un ser pacífico que no idolatre el poder y sea creador de paz.

Hablar de Tomás Pérez Tenreiro es buscarle sentido al deber, es vivir los escenarios cambiantes de la historia que nunca debe resucitar mundos totales porque sería cerrarlos a todo diálogo, sin memoria social se darían utopías sin personas y sin rostro.

El genuino soldado es un asceta y tanto en la soledad como en la guerra su misión consiste en reconquistar las metáforas, las ilusiones y los valores que cada modernidad deja de lado en el camino para suplantarlos con sus propios absolutos.

En el horizonte de su conciencia divisó y participó en el antagonismo que genera una espiritualidad creativa asumida por la literatura y el arte frente a la moral y la ciencia que han apostado por la obediencia. La verdadera obediencia se muestra en la máxima creatividad.

Tomás Pérez Tenreiro fue todo un gentilhomme en el sentido genuino del caballero renacentista y, como finamente aprecia Huizinga, este ideal de honor caballeresco, supone lealtad, valentía, dominio de sí y conciencia del deber, y por ello ha favorecido y ennoblecido esencialmente a los hombres y a las culturas que lo han cultivado.²

¹ Consuelo TRIVIÑO. "De Montaigne a Arciniegas: la escritura y la construcción del ser americano". En: Cuadernos Hispanoamericanos. Madrid, n° 551 (1996) 61.

² J. HUIZINGA. Homo ludens. Madrid (1972) 124-125.

Su ética fue la del honor, cuyo edificio se levanta sobre la obligación moral de la lealtad y la fidelidad reforzadas por los vínculos de la adhesión y la pertenencia a los valores trascendentales del cristianismo.

Su humanismo trascendió el “carpe diem” horaciano, postulado de la identidad entre tiempo e historia, para acceder a la diferencia entre tiempo y eternidad. Su poesía lo hizo habitante y huésped del tiempo y desde allí transitó el espacio inhóspito abierto al tiempo por la experiencia y a la eternidad en forma de anhelo.